

## ACTO II.

### ESCENA PRIMERA.

Una sala de la casa de Polonio.

*Salen* POLONIO *y* REINALDO.

POL. Ten, dále este dinero y estas cartas,  
Reinaldo amigo.

REIN. Así lo haré, Excelencia.

POL. Harías bien, Reinaldo, en informarte  
De su comportamiento ántes de verle.

REIN. Señor, pensaba hacerlo.

POL. ¡Bien, bien dicho!

A fe, ¡muy bien! Y mira, lo primero,  
Pregunta tú qué clase de daneses  
Hay en Paris, y quiénes son, y cómo  
Y con quién viven, cuánto gastan;  
Y de esta suerte, á fuerza de preguntas,  
Será más fácil que á tu objeto llegues  
Que por tu propia indagacion privada.  
Haz cual si lazos de amistad remota  
Unieran á ambos; diles, por ejemplo:  
«Conozco á sus parientes y á su padre,  
Y áun algo á él.» ¡Me entiendes, buen Reinaldo?

REIN. Muy bien, señor.

POL. «Y áun algo á él; no mucho.»

Podrás decir, «ni bien; mas si es quien digo,  
Es algo calavera, aficionado  
A tal ó cual;» y forja luego embustes  
Cuantos quisieres de él; mas nada grave  
Que pueda ajar su honor; guárdate de eso:  
Sino deslices, locos extravíos,  
Perennes compañeros, ya se sabe,  
De juventud y libertad proterva.

REIN. Como jugar, señor.

POL.

Precisamente,

O bien reñir, jurar, emborracharse,  
Tratar con mozas; puedes ir tan léjos.

REIN. Eso, señor, pudiera ajar su honra.

POL. No tal, á fe, si sabes manejarlo:  
No debes acusarle de otro vicio,  
De incontinencia haciéndole culpable:  
No es esa mi intencion; sino procura  
Engalanar sus faltas de tal suerte  
Que puedan parecer leves lunares,  
Chispas y arranques de indole fogosa,  
Violencia de la sangre no domada  
Que á todos acomete.

REIN. Pero, mi amo...

POL. ¿Por qué lo debe hacer?

REIN.

Eso quisiera

Saber, señor.

POL. Pues bien, mi plan es este;  
Y á mi entender es un ardid de ingenio:  
Tachando á mi hijo de estas leves manchas,  
Cual cosa que se ensucia en la faena,  
(Que adviertas esto bien) está seguro  
Que aquel con quien hablare (como hubiese  
Hallado alguna vez culpable al jóven  
De quien se trata, de antedichas faltas)  
Rematará la plática, diciendo:  
«Mi buen señor,» ó bien «Amigo,» «Hidalgo,»  
Segun el tratamiento ó usanza propia  
Del hombre ó la nacion...

REIN.

Bien, amo mio.

POL. Y luego, si esto hiciere, hará... ¿Pero qué  
iba á decir? ¡Viven los cielos! algo iba á decir.  
¿En qué quedamos?

REIN. En «Rematará la plática diciendo: «Ami-  
go,» «Hidalgo,» ó cosa así.»

POL. «Rematará la plática,» si, en eso;  
Y acabará: «Conozco al gentilhombre;  
Vile antéayer, ó ayer, ó há pocos dias,  
Con tal ó cual; jugando en cierto sitio,  
Segun decís; en tal, borracho; en otro,  
Riñendo á la pelota;» ó por ventura,  
«Vile tal dia entrar en cierta casa...»  
(Es decir, un burdel); *et sic de cæteris*.  
Repara ahora:—con mentido cebo  
Pescas á aquella truchá verdadera.  
Asi nosotros los de seso y chispa  
Sacamos, por recodos y emboscadas,  
Con tales indirectas las verdades.  
No de otra suerte lograrás de mi hijo  
Vida y milagros indagar, siguiendo  
Mi aviso y mi consejo. Di, ¿me entiendes?

REIN. Señor, te entiendo.

POL. ¡Adios! y que Él te ampare.

REIN. ¡Mi buen señor!

POL. Observa por tí mismo  
Su inclinacion.

REIN. Lo haré, señor.

POL. Y estudie

Música con ahinco.

REIN. Bien, mi dueño.

POL. ¡Adios! (Vase Reinaldo.)

*Sale OFELIA.*

¿Qué es esto, Ofelia? Di, ¿qué ocurre?

OFEL. ¡Ay padre, ay padre! ¡estoy toda azorada!

POL. ¡Por el amor de Dios! ¿por qué? sepamos.

OPEL. Señor, cosiendo estaba en mi aposento,  
 Cuando Hamlet, sin sombrero en la cabeza,  
 Aflojado el jubon, las medias sucias,  
 Sin ligas y caidas como ajorcas,  
 Blanco cual su camisa, sus rodillas  
 Chocando una con otra, con mirada  
 Tan llena de afliccion cual alma en pena  
 Que hubiesen libertado del infierno  
 Para contar horrores—me aparece.

POL. ¿Loco de amor por ti?

OPEL. Lo ignoro, padre;  
 Pero, en verdad, lo temo.

POL. ¿Qué te dijo?

OPEL. Me asió del puño y sujetóme firme;  
 Echóse luego atrás, cuan largo el brazo,  
 Y puesta su otra manó así en las sienas,  
 Mi rostro escudriñó con tal ahinco,  
 Cual si sus rasgos dibujar quisiera.  
 Estuvo largo rato en tal postura;  
 Al fin, mi brazo sacudiendo leve,  
 Y por tres veces la cabeza hincando,  
 Un ¡ay! echó tan triste, tan profundo,  
 Que pareció dar fin á su existencia,  
 Haciendo estremecer su cuerpo todo.  
 Soltóme luego, y vuelta atrás la cara,  
 Halló el camino, al parecer, sin ojos,  
 Pues fuese por la puerta sin su ayuda,  
 Clavando en mí su lumbre hasta ausentarse.

POL. Conmigo ven; del rey en busca iréme.

Esto es de amor el éxtasis clavado,  
 Cuyo poder violento así se arruina,  
 Y á empeños temerarios lleva el alma  
 Tan á menudo cual pasion alguna  
 Que en este suelo nuestro sér affige.  
 Lo siento.—¿Le has tratado con dureza  
 Recientemente, acaso?

OPEL. No, mi padre;  
 Mas como tú mandaste he rechazado

Sus cartas, y neguéme á recibirle.

POL. Eso le ha vuelto loco; y siento mucho  
 No haber juzgado con mejor criterio  
 Y juicio de él: temí que fuese burla,  
 Y que era su propósito perderte.  
 ¡Mal hayan mis recelos! Es tan propio  
 De nuestra edad caduca, ¡vive el cielo!  
 El excederse en precaver desastres,  
 Como comun la falta de prudencia  
 En gente jóven. Ven; al rey busquemos.  
 Es fuerza que esto sepa; de otra suerte  
 Causa de más pesar el ocultarlo  
 Pudiera ser, que de ódio el revelarlo. (Vause.)

## ESCENA II.

Una sala del castillo.

*Salen el* REY, *la* REINA, ROSENKRANZ, GULDENSTERN  
*y acompañamiento.*

REY. Rosenkranz, Guildenstern, muy bien veni-  
 [dos.]

No sólo afan de veros, sino falta  
 De vuestra ayuda motivó la prisa  
 Con que os llamamos. Algo habeis oido  
 De la mudanza de Hamlet; tal la llamo,  
 Pues ni por dentro ni por fuera el propio  
 Parece ya. Cuál puede ser la causa,  
 Si no es la muerte de su padre, de esta  
 Triste enajenacion de su sentido,  
 No acierto á adivinar. Os ruego á entrambos,  
 —Ya que os criasteis desde niño juntos,  
 Tan allegados á su edad y genio—  
 Que os digneis deteneros en mi corte  
 Por breve tiempo, á fin de estimularle  
 Con vuestro ameno trato á los placeres,  
 Y de indagar, en cuanto lo permitan

Las circunstancias, si algo que ignoramos,  
Le aflige de esta suerte, y si estuviera,  
Sabido el mal, en nos el darle alivio.

REINA. Ha hablado mucho, hidalgos, en vosotros,  
Y estoy segura que otros dos no existen  
A quienes más aprecia; y si os pluguiere  
Benévolos hacernos la fineza  
De estaros breve rato á nuestro lado,  
En bien y pro de nuestro ardiente anhelo,  
Recompensar sabremos vuestra estancia  
Cual cumple á noble rey y agradecido.

ROS. A vuestras Majestades competiera,  
Por soberana ley que en vos reside,  
Manifestar más bien en son de mando  
Que en voz de ruego vuestro real deseo.

GUILD. No obstante, obedecemos uno y otro;  
Y á vuestra voluntad nos entregamos,  
Resueltos á poner á vuestras plantas  
Nuestros servicios fiel y libremente.

REY. ¡Buen Guildenstern y Rosenkranz, mil gra-  
[cias!

REINA. ¡Buen Rosenkranz y Guildenstern, mil gra-  
[cias!

Y que al instante visiteis os ruego  
A mi hijo, ¡ay! ¡tan mudado! Lleve alguno  
A estos hidalgos donde se halla Hamlet.

GUILD. Dios quiera que halle en nuestro trato y  
[obras

Placer y alivio.

REINA. ¡Amén! Tal es mi ruego.  
(Vánse Rosenkranz, Guildenstern y algunos criados.)

*Sale* POLONIO.

POL. Los dos embajadores de Noruega  
Alegres regresaron, rey benigno.

REY. De buenas nuevas fuiste padre siempre.

POL. ¡De verás hablas? Te aseguro, Alteza,  
Que cumplo mi deber cual cumple mi alma,

Con Dios á un tiempo y con mi rey clemente;  
Y pienso, ó de otra suerte ya no husmea  
Tan bien mi ingenio cual solia el rastro  
De la sagacidad, que he descubierto.  
La propia causa del delirio de Hamlet.

REY. ¡Oh, habla de eso! es lo que más ansío.

POL. Audiencia da primero á tus legados,  
Y servirán de postre mis noticias  
A aquel festin opiparo.

REY. Tú mismo  
Harásles el honor de introducirles. (Váse Polonio.)  
Me dice, cara esposa, que ha encontrado  
La fuente de ese mal que á tu hijo aqueja.

REINA. Me temo que no es otra que la antigua:  
Del padre el trance, y nuestra pronta boda.

REY. Bien; le he de sondear.

*Salen* VOLTIMAND y CORNELIO.

¡Muy bien venidos,

Amigos fieles! ¡Voltimand, qué nuevas  
De nuestro primo de Noruega traes?

VOLT. Devuelve agradecido el fiel saludo  
Y tus deseos. Al primero nuestro,  
Mandó sin tregua suspender las levas  
De Fortimbrás, que por apresto tuvo  
Contra el Polaco; mas mejor miradas,  
Halló en efecto ser en daño tuyo.  
Y resentido de la aleva burla

Hecha á sus duelos, canas é impotencia,  
Arresto dicta en contra del sobrino;  
Quien obedece en breve su mandato,  
Se humilla á la censura de Noruega,  
Y en suma, presta voto ante su tío,  
De no intentar jamás empresa armada  
Contra tu Majestad. El rey anciano,  
De júbilo vencido á tal conducta,  
En feudo anual le da tres mil coronas,

Y ámplio poder para emplear las tropas,  
Reclutadas así, contra el Polaco.  
Con cierta instancia aquí especificada:

(Le da un pliego.)

Pidiendo que concedas paso libre  
Por tus dominios, rey, á aquella empresa,  
Con cuantas concesiones y resguardos  
Constan en el despacho.

REY. ¡Bien! nos place.  
Y á tiempo más idóneo lo leeremos;  
Y meditado, se dará respuesta  
A tal negocio. Recibid en tanto  
Gracias por vuestro celo y buen servicio:  
Id, reposad; luego holgaremos juntos.  
¡Muy bien venidos al nativo suelo!

(Váanse Voltimand y Cornelio.)

POL. Buen fin, al parecer, tuvo este asunto.  
El debatir, señor y reina mía,  
Lo que es la majestad, qué el homenaje,  
Por qué sucede que es el día, día,  
La noche, noche, el tiempo, tiempo, fuera  
Perder en vano noche, día, y tiempo.  
Pues bien; ya que es la brevedad el alma  
De la razón, la pesadez sus miembros  
Y galas exteriores, seré breve.  
Está vuestro hijo loco; y digo loco  
Por esto: la locura verdadera  
¿Consiste en otra cosa que en ser loco?  
Mas de eso, asaz.

REINA. Más miga, ménos arte.

POL. Señora, juro que arte alguna empleo.  
Que es loco, es cierto; es cierto que da grima,  
Y grima da el ser cierto. ¡Ruín figura!  
Allá se vaya: no he de usar de arte.  
Démosle, pues, por loco; y resta ahora  
Buscar y hallar la causa de este efecto,  
O por mejor decir, de este defecto;  
Pues este efecto defectuoso nace

De alguna causa; cierto; en esto queda;  
Y lo que queda es esto. Discurramos.  
Una hija tengo—tengo, porque es mía.—  
La cual, de su deber en cumplimiento,  
Esto me dió: juzgad, y adivinado.

(Lee.) «A la celestial, el ídolo de mi alma, la  
hermosísima Ofelia.»—Mala locucion es esa;  
locucion ordinaria; hermosísima es locucion  
ordinaria; pero sigamos. Dice así. (Lee.) «A su  
albo y tierno seno; estos renglones, etc.

REINA. ¿Es Hamlet quien la escribe?

POL. Reina mía,

Paciencia ten, y contarélo todo.

(Lee.) «Duda del sol radiante,  
Del rayo y su fulgor;

Duda de fe constante,

Mas nunca de mi amor.

» ¡Ay, querida Ofelia! mala maña me doy para  
hacer versos: no poseo el arte de medir mis que-  
jidos; pero cree que te amo más que á nadie,  
oh tú la más digna de ser amada. Adios.

» Tuyo siempre, dueña adorada, mientras le  
perteneziere esta máquina,

HAMLET.»

Esto obediente me entregó mi hija,  
Y confió además á mis orejas  
Sus mil solicitudes, la hora, el sitio,  
Los medios que empleara.

REY. ¿Y ella cómo

Su afecto recibió?

POL. ¿Por qué me tienes?

REY. Por hombre fiel, de honor acrisolado.

POL. Ser tal quisiera. Pero ¿qué pensarás,  
Si al ver tender las alas á su ardiente,  
Tenaz amor... (y es menester que os diga  
Que supe de él aun antes que mi hija  
Me lo contase) ¿qué pensarás, digo,  
Su Majestad, tu reina, qué pensarás,

Si el libro ó el pupitre hubiese hecho,  
 O acojando el alma en muda pena,  
 Mirara su pasión con lerdos ojos?  
 ¿Qué pensaras de mí? No; obré sin miedo,  
 Y hablé á mi señorita de esta suerte:  
 «Hamlet, mi prenda, es príncipe; de rango  
 Muy superior al tuyo, y esto nunca  
 Podrá, ni debe ser;» y aconsejéla  
 Luego que se escondiese de su trato,  
 Mensajes no admitiese, ni recuerdos;  
 Hecho esto, aprovechó mis advertencias;  
 Y él, desdeñado—para ser más breve—  
 Al duelo se entregó, luego al ayuno,  
 Luego á velar, á inercia luego, luego  
 A levedad, viniendo á dar por grados  
 En la locura en que delira ahora,  
 Y lamentamos todos.

REY. ¿Crees que es eso?  
 REINA. A fe, pudiera ser; es muy probable.  
 POL. ¿Saber quisiera si hubo vez alguna  
 En que afirmé «tal es» con confianza  
 Y resultó al revés?

REY. No, que yo sepa.  
 POL. (Señalando á su cabeza y hombros.)  
 Troncha esta de estos, si esto es de otra suerte.  
 En dando con la pista, pronto logro  
 Saber en dónde la verdad se oculta,  
 Aunque en el centro mismo se escondiese.

REY. ¿Qué modo hubiera de indagarlo á fondo?  
 POL. Sabeis que horas enteras se pasea  
 Aquí en la galería.

REINA. A fe, tal hace.  
 POL. En hora tal le mandaré mi hija:  
 Tras de un tapiz conmigo estate entonces;  
 Nota el encuentro: si no la ama tierno,  
 Si no es de su locura amor la causa,  
 No sea funcionario del Estado,  
 Mas labre el campo y cuide de mis yuntas.

REY. La prueba haremos.  
 REINA. ¡Ay! mirad do el pobre  
 Se acerca triste y misero, leyendo.  
 POL. Os ruego que os vayais; marchad entrambos.  
 Luego le abordaré.

(Váanse el rey, la reina y acompañamiento.)

*Sale HAMLET leyendo.*

Licencia dame.

¿Hamlet, que tal te va, príncipe mío?

HAM. Bien, á Dios gracias.

POL. ¿Me conocéis, señor?

HAM. Perfectamente; eres pescadero.

POL. Nada de eso, señor.

HAM. Pues quisiera que fueras hombre tan honrado.

POL. ¿Honrado, señor?

HAM. Sí, amigo; el ser honrado significa, segun anda el mundo, ser un hombre escogido entre diez mil.

POL. Eso es muy cierto, señor.

HAM. Pues si el sol engendra gusanos en un perro muerto, y siendo un dios besa con sus rayos un cadáver corrupto... ¿No tienes una hija?

POL. Sí, príncipe mío; tengo una.

HAM. Pues no la dejes pasear al sol: la concepción es una bendición del cielo, pero no del modo en que pudiera concebir tu hija. Mucho ojo, amigo.

POL. (Aparte.) ¿Qué querrá decir con eso? Siempre dale que da con mi hija. Sin embargo, no me conoció en un principio: dijo que era pescadero. Está muy ido, muy ido. Y es lo cierto que en mi juventud me puso el amor en grande aprieto, casi en tanto como él. Le volveré á hablar.—¿Qué lees, señor?

HAM. Palabras, palabras, palabras.

POL. ¿Pero de qué se trata, señor?

HAM. ¿Entre quién?

POL. Quiero decir, de qué trata el libro que lee tu Alteza.

HAM. De calumnias, hidalgo; pues el satírico picaro dice aquí que los viejos tienen la barba blanca, la cara arrugada, que manan de sus ojos ambar cuajado y goma de ciruela, y que adolecen de una falta abundante de talento, y de una flojedad grande de caderas; y aunque estoy firme y completamente convencido de la verdad de todo esto, sin embargo, no tengo por cosa honesta el que se estampe de esa suerte en el papel, pues tú mismo, amigo, serías tan viejo como yo si pudieras andar hácia atrás como el cangrejo.

POL. (Aparte.) Aunque todo es locura, no deja de haber cierto método en lo que dice.—¿No quieres venir, señor, donde no te dé el aire?

HAM. Sí, entrando en mi sepultura.

POL. Allí sí que no da el aire. (Aparte.) Qué acertadas son á veces sus respuestas. Esta es una gracia en que á menudo suelen dar los locos, y con la cual no podrian acertar tan fácilmente los cuerdos y los de sano juicio. Le dejaré ahora y dispondré al punto los medios para que se verifique el encuentro entre él y mi hija.—Noble príncipe, tomaré la libertad de despedirme humildemente de tu Alteza.

HAM. Hidalgo, no puedes tomar de mí cosa alguna de que con más gusto me desprenda, exceptuando la vida, exceptuando la vida, exceptuando la vida.

POL. Adios, Alteza.

HAM. ¡Fastidiosos y caducos necios!

*Salen ROSENKRANZ y GULDENSTERN.*

POL. Si buscáis al príncipe Hamlet, vedle allí.

ROS. (A POL.) Hidalgo, Dios os guarde. (Vase Polonio.)

GUIL. ¡Señor ilustre!

ROS. ¡Príncipe querido!

HAM. ¡Oh mis buenos amigos! ¿Qué tal, Guildenstern? ¡Ah, Rosenkranz! ¿Qué tal os va, galanes?

ROS. Como á medianos hijos de este mundo.

GUIL. Felices en no ser harto felices.

No somos el airon precisamente, Alteza, del tocado de Fortuna.

HAM. Ni las suelas de su calzado tampoco.

ROS. Ni uno ni otro, señor.

HAM. En tal caso vivireis hácia su cintura, ó sea en el centro de sus favores.

GUIL. A fe, somos dos privados.

HAM. Pues, en lo más oculto. Bien puede ser: es meretriz. ¿Qué hay de nuevo?

ROS. Nada, señor; sino que la gente se va volviendo honrada.

HAM. Pues entónces debe estar próximo el día del juicio. Permitid que os interrogue más á fondo. ¿Qué delitos habeis cometido para que vuestra mala suerte os haya traído á esta cárcel?

GUIL. ¡Cárcel, señor?

HAM. Dinamarca es una cárcel.

ROS. Lo será el mundo en tal caso.

HAM. Y muy grande; en la cual hay muchos guardas, encierros y calabozos; y Dinamarca es uno de los peores.

ROS. No opinamos así, Alteza.

HAM. Pues entónces, podrá no serlo para vosotros; porque nada hay bueno ó malo sino en fuerza de nuestra fantasia. Para mí es una cárcel.

ROS. Será vuestra ambicion la que os le figure tal: vuestro ánimo le hallará estrecho.

HAM. ¡Oh Dios! pudiera estar encerrado en una cáscara de nuez, y juzgarme rey del universo, si no fuera por los malos sueños que me acosan.

GUIL. Los cuales sueños no son más que ambicion; pues la misma esencia de la ambicion no es más que la sombra de un sueño.

HAM. El sueño en sí no es más que una sombra.

ROS. Cierto; y yo tengo á la ambicion por de condicion tan aérea y liviana, que me parece la sombra de una sombra.

HAM. En tal caso, los mendigos serán cuerpos, y los monarcas y héroes esparrancados, sombras de los mendigos. ¿Iremos á la corte? pues, á fe mía, no tengo la cabeza para discurrir.

ROS. y GUIL. Te iremos sirviendo.

HAM. Nada de eso. No os quiero confundir con mis demas criados, que á fe de hombre de bien, me sirven indignamente. Pero, decidme por nuestra admistad antigua: ¿qué haceis en Helsingor?

ROS. Venimos á verte, señor; no con otro objeto.

HAM. Tan pobre soy, que ando escaso de gracias. No obstante, os agradezco la fineza; bien que puedo aseguraros, amigos míos, que áun pagadas á ochavo, son demasiado caras mis gracias. ¿No os han mandado que vengais? ¿Os trae vuestra propia inclinacion? ¿Es una visita voluntaria? Vaya, sed francos conmigo; vaya, vaya, decidmelo.

GUIL. ¿Y qué hemos de decirte, señor?

HAM. Lo que querais, con tal de que venga á cuento. Os han mandado que vengais, y se advierte en vuestras miradas tanta confesion, que toda reserva no alcanza á desmentir. Sé que el bueno del rey y la reina os han mandado que vengais.

ROS. ¿A qué fin, señor?

HAM. Eso es lo que vosotros debeis decirme. Pero os conjuro por los vínculos de nuestro compañerismo, por la conformidad de nuestros años juveniles, por la obligacion en que nos pone nuestro no interrumpido afecto, y por todo aquello, en fin, que un orador más diestro que yo os pudiera encargar como lo más sagrado, que seais francos y leales para conmigo, os hayan mandado venir ó no.

ROS. (Aparte á Guildenstern.) ¿Qué dices?

HAM. (Aparte.) ¡Hola! ya os he echado el ojo.—Si me amais no os retireis.

GUIL. Pues, señor, es cierto: nos han hecho venir.

HAM. Os diré el por qué; de esa suerte me anticiparé á vuestra propia confesion, y no faltareis en lo más mínimo al secreto que debeis á esta parte—aunque ignoro la causa—toda mi alegría, renunciando á todas mis acostumbradas distracciones; y en efecto, tal pesadez agobia mi ánimo, que esta excelente fábrica; la tierra, me parece un promontorio estéril; ese dosel magnífico de los cielos, ese hermoso firmamento que veis colgado sobre vosotros, esa majestuosa techumbre llovida de doradas luces, á fe, no otra cosa me parece que una vil y pestífera multitud de vapores. ¡Qué obra maestra es el hombre! ¡cuán noble su razon! ¡qué infinitas sus facultades! ¡qué expresivo y admirable en su forma y sus movimientos! ¡qué semejante á un ángel en sus acciones! ¡y en su espíritu cuán semejante á un dios! El es lo más hermoso de la tierra, el más perfecto de todos los animales. Y sin embargo, ¿á mi qué esta quinta esencia de polvo? No hallo deleite alguno en el hombre; no, ni en la mujer tampoco, por más que con vuestra sonrisa pareceis indicar que si.

Ros. Príncipe mío, juro que no he pensado en cosa semejante.

HAM. ¿Pues por qué os reisteis cuando dije «no hallo deleite en el hombre?»

Ros. Al considerar, señor, que si no os deleitan los hombres, qué agasajo de cuaresma recibirán de tu Alteza los cómicos. Los alcanzamos en el camino, y se dirigen aquí á ofrecerte sus servicios.

HAM. El que hace de rey sea muy bien venido; su majestad recibirá tributo de mí; el caballero animoso sacará á lucir su espada y broquel; el galán no suspirará en balde; el que hace de loco acabará su papel en paz; el gracioso hará reír á los que tengan el diafragma quisquilloso, y la dama expresará libremente su pasión, ó de otra suerte el verso cojeará por ello. ¿Qué cómicos son?

Ros. Los que tanto agrado os solían dar; los trágicos de la ciudad.

HAM. ¿Y por qué andan vagando así? Una residencia fija fuera más ventajosa, tanto para su reputación como para su provecho.

Ros. Creo que la reciente innovación se lo prohíbe.

HAM. ¿Gozan de la misma fama que cuando estuve yo en la ciudad? ¿Son tan buscados?

Ros. No por cierto.

HAM. ¿Cómo es eso? ¿se van poniendo rancios?

Ros. Nada de eso; sus esfuerzos siguen la marcha acostumbrada; pero hay una cria de chiquillos, de avejillas implumes, que chillando en la declamación fuera de propósito, son por lo mismo palmoteados con exceso. Estos están ahora en boga, y baladorean de tal suerte en los teatros ordinarios, como ellos los llaman, que muchos valientes de espada en cinta, atemorizados por las plumas de ganso, apenas se atreven á poner los pies allí.

HAM. ¡Oiga! ¿Conque son muchachos? ¿Y quién los sostiene? ¿Qué sueldo les dan? ¿Piensan abandonar la carrera en cuanto se les acabe la voz atiplada? ¿Y no dirán despues cuando tengan que hacerse cómicos ordinarios, que será lo más probable, no teniendo otros medios, que sus compositores los han perjudicado haciéndoles declamar en daño de su propio porvenir?

Ros. A fe, ha habido grandes disgustos por ambas partes, y el pueblo no tiene por pecado el azuzarles á la contienda: hubo un tiempo en que era imposible sacar una blanca de ninguna obra en que el poeta y los actores no anduviesen á mojicones con sus contrarios.

HAM. ¿Es posible?

GUIL. ¡Oh, se han descalabrado mutuamente de lo lindo!

HAM. Y qué ¿se llevan la mejor parte los muchachos?

Ros. A fe que sí, Alteza: á Hércules y su carga además.

HAM. Nada tiene de extraño; pues mi tío es rey de Dinamarca, y los que se mofaban de él mientras vivió mi padre, dan veinte, cuarenta, cincuenta, cien ducados por su retrato en miniatura. ¡Vive Dios! en esto hay algo que es sobrenatural, si la filosofía pudiera descubrirlo.

(Suenan clarines dentro.)

GUIL. Ya están ahí los cómicos.

HAM. Hidalgos, muy bien venidos á Helsingor. Dadme las manos; acercaos, pues. Las señales de una buena acogida consisten en ceremonias y cumplimientos. Permitid que cumpla con vosotros de esta suerte, pues no quisiera que el recibimiento que haga á los cómicos (el cual os aseguro deberá manifestarse muy cortés en lo exterior) pareciese más cumplido que el que

os haga á vosotros. Bien venidos; pero mi tio padre, y mi madre tia, viven engañados.

GUIL. ¿En qué, príncipe?

HAM. No estoy loco sino cuando sopla el noroeste; cuando corre el sud, sé distinguir un huevo de una castaña.

*Sale POLONIO.*

POL. Dios os guarde, caballeros.

HAM. Oye tú, Guildenstern; y tú tambien: un oyente á cada lado. Aquel vejestorio que veis allí, aún no ha salido de mantillas.

ROS. Por dicha habrá vuelto á ellas; pues segun dicen, la vejez es una segunda infancia.

HAM. Oso profetizar que me viene á hablar de los cómicos. Notadlo. Decís bien, hidalgo; el lunes por la mañana; así fué en efecto.

POL. Señor, tengo nuevas que contarte.

HAM. Señor, tengo nuevas que contarte.—Cuando Roscio era actor en Roma...

POL. Han llegado los cómicos, Alteza.

HAM. ¡Tuh! ¡tuh! ¡tuh!

POL. A fe de hombre de bien...

HAM. «Jinete en burro cada actor acude.»

POL. Los mejores cómicos del mundo, ya sea en la tragedia, comedia, historia, pastoral, cómico-pastoral, pastoral-histórico, trágico-histórico, tragi-cómico, tragi-cómico-histórico-pastoral, escena indivisible ó poema ilimitado: para ellos Séneca no puede ser demasiado grave, ni Plauto demasiado festivo. Y así para lo escrito como para lo improvisado, estos son los únicos.

HAM. ¡Oh Jetté, juez de Israel, qué tesoro tuviste!

POL. Pues ¿qué tesoro era el suyo, señor?

HAM. Pues,

«No más que una hermosa hija,  
A quien amó tierno y fiel.»

POL. (Aparte.) Siempre pensando en mi hija.

HAM. ¿No estoy en lo justo, anciano Jetté?

POL. Si tu Alteza me llama Jetté, cierto es que tengo una hija á quien amo tierno y fiel.

HAM. No, no es eso lo que sigue.

POL. ¿Pues qué sigue, señor?

HAM. Pues,

«Segun el dado

»Arrojó el dado,»

Y luego, ya sabes,

«Aconteció lo que era de esperar.»—

La primera línea del piadoso villancico te dirá lo demas: pues mira dónde se acercan los compendiadores de mi discurso.

*Salen cuatro ó cinco cómicos.*

Bien venidos, señores, bien venidos todos. Me alegro de verte bueno. Bien venidos, camaradas. ¡Oh, mi antiguo amigo! qué flecos te han salido en la cara desde la última vez que te vi; aunque espero que no vienes á subirte á las barbas en Dinamarca. ¡Hola, linda damita, y muy señora mia! Por la Virgen que ya está vuesa merced una cuarta más cerca del cielo desde la última vez que la vi. Dios quiera que tu voz no resulte cascada, como una moneda de oro falso. Señores, muy bien venidos todos. Pongamos manos á la obra en seguida como halconeros franceses, nos arrojaremos sobre el primer objeto que se nos presenta: oigamos al punto una relacion: vamos, dadnos una prueba de vuestra habilidad: venga una relacion apasionada.

COM. 1.º ¿Cuál hade ser, señor?

HAM. Te oí recitar cierta vez una relacion que nunca llegó á representarse, ó si llegó, fué

una sola vez cuando más; pues la obra no agradaba á la multitud: no era manjar para el vulgo; pero á mí me pareció, y áun á otros cuyo dictámen estaba muy por cima del mio, una excelente pieza; bien dispuesta la fábula, y escrita con no ménos decoro que ingenio. Me acuerdo que no faltó, sin embargo, quien dijo que no habia en los versos toda la sal necesaria para sazonar el asunto, ni sentido alguno en la frase que pudiera delectar afectacion en el autor, sino que estaba escrito en estilo honesto, tan instructiva como agradable, y muy más bello que adornado. Una relacion, sobre todo me agradó en extremo: era el relato de Eneas á Dido, y particularmente aquel trozo en que habla de la muerte de Priamo. Si aún vive en tu memoria, empieza por aquel verso... á ver, á ver...

«El crudo Pirro cual hircana fiera....»

No, no es así; pero empieza con Pirro.

«El crudo Pirro, cuyas tetras armas,

Negras como su intento, parecian

A aquella noche en que yació tendido

En el fatal caballo, acaba ahora

De ennegrecer aquel horrible aspecto

Con más atroz blason: de pié á cabeza

Es rojo todo: le orna horriblemente

Sangre de padres, madres, hijas; hijos

Que abrasa el fiero incendio de las calles,

Que prestan lumbre bárbara y maldita

Al vil asesinato de su dueño.

Ardiendo en ira y fuego, y de viscosa

Cuajada sangre todo embadurnado,

Los ojos cual carbunclos, Pirro crudo

Busca al abuelo Priamo.»

Así prosigue ahora.

Pol. Por Dios, principe, muy bien dicho, con buena entonacion y buen estilo.

Act. 1.º

«Le halla en breve,

Do al griego afronta mal: su antigua espada.

Rebelde al brazo, yace donde cae,

Al mando indócil. Pirro al teucro embiste

En liza desigual: el brazo tiende;

Mas sólo al zumbo de su fiera espada

Cae enervado el padre. Aunque sin vida,

Ilion, al golpe al parecer sensible,

Al suelo inclina la flamante cresta,

Y con horrendo estrépito cautiva

El oído de Pirro; ¡y ved! su espada

Que iba á caer sobre la láctea frente

Del venerable Priamo, en el aire

Al parecer se atasca. Tal quedóse,

Hecho bermejo monstruo, Pirro, y como

Neutral entre alma y cuerpo no hizo nada.

Mas cual se advierte muchas veces ántes

De la tormenta, en honda calma el cielo,

Parado el nubarron, los vientos mudos,

Y el orbe abajo quieto cual la muerte,

Hasta que el trueno horrendo el aire rasga;

Así despues de aquella pausa, á Pirro

A nuevo asalto la venganza aguija;

Y nunca de los ciclopes los mazos

Dieron en la armadura del dios Marte.

Forjada á prueba eterna, tan de recio,

Tan sin piedad, cual la sangrienta espada

De Pirro sobre Priamo se abate.

¡Oh tú, Fortuna, aparta, vil ramera!

Y en sínodo total, vosotros todos,

Quitadle su poder, romped, oh dioses,

Los rayos y las calces de su rueda,

Y desde la alta cima de los abismos

Pol. Este es demasiado largo.

HAM. Irá á casa del barbero con tu barba: pre-

fiere un baile, ó un cuento obsceno, ó si no, se

duerme. Prosigue; vengamos á Hécuba.

ACT. 1.º «¡Quién viese! ¡ay! ¡quién! la mal ceñida  
[reina...]

HAM. «¡Mal ceñida reina!»

POL. Eso es bueno: «mal ceñida reina» es bueno.

ACT. 1.º «Correr, descalzo el pié, de arriba abajo,  
Amenazando las rojizas llamas

Con llanto acerbo; un lienzo en la cabeza,

La misma que ceñó diadema há poco;

En vez de rica vestidura, cubre

Su flaco seno, de parir rendido,

Vil manta, asida en presurosa alarma.

Quien viese tal, con ponzoñosa lengua

Traición gritara en rostro á la fortuna.

Mas si los dioses mismos la observaron,

Cuando de Pirro vió la cruda espada

Por burla aleve hacer menudos trozos

Los miembros del consorte, el grito horrendo

En que estalló su angustia repentina,

(Si á lo mortal no son del todo extraños)

Debió bañar los resplandentes ojos

Del cielo en acre llanto, y á los dioses

De lástima llenar.»

POL. ¡Mirad, si no ha mudado de color y le saltan  
las lágrimas de los ojos!—No más, por favor.

HAM. Bien está; luego me recitarás lo que falta.

Señor mio, ¿te quieras encargar del hospedaje

y agasajo de los cómicos? ¿Lo oyes? es menester

que los trates bien; pues son como el espejo

y crónica compendiada de los tiempos. Más te

valdria tener un mal epitafio despues de muerto,

que una mala reputacion entre ellos mientras

vivas.

POL. Yo los trataré, señor, conforme á su merecimiento.

HAM. ¡Voto al diablo! No tal, hombre, sino muchísimo mejor. Si se tratase á todo hombre

segun merece ¿quién se libraría de una zurra?

Tratalos como corresponda á tu propia nobleza

y dignidad; cuanto menor sea su mérito, tanto mayor será tu generosidad. Acompáñalos.

POL. Venid, hidalgos.

HAM. Seguidle, amigos: mañana habrá comedia.  
(Váanse Polonio y todos los cómicos ménos el primero.)

Oye, mi antiguo amigo: ¿no pudieras representar la muerte de Gonzago?

ACT. 1.º Sí, señor.

HAM. Pues mañana por la noche se reprentará. ¿Y no podrias, si fuese menester, aprender de memoria una relacion de unos doce ó diez y seis versos, que pienso escribir é insertar en la pieza? ¿Podrás?

ACT. 1.º Sí, señor.

HAM. Muy bien. Sigue á aquel gentilhombre, y guárdate de hacer burla de él. (Váse el cómico primero.)

Mis queridos amigos, me despido de vosotros hasta la noche. Bien venidos á Helsingor.

ROS. ¡Mi noble príncipe!

HAM. Bien. Id con Dios. (Váanse Rosenkranz y Guildenstern.)  
Ahora estoy á solas.

¡Oh qué villano soy, qué agreste esclavo!

¡No es asombroso que este actor, en una

Ficción mentida de pasión soñada,

Logre obligar al alma á su capricho

De suerte, que el color de la mejilla

Su agitacion le robe, arrase en llanto

Sus ojos, llene de estupor su aspecto,

Corte su voz, y su apostura toda

Fuerza á su antojo? ¡Y todo por nonada!

¡Por Hécuba! Y á el Hécuba ¿qué importa?

¿Qué á ella él, para que así la lllore?

¡Ay! ¿qué no hiciera si motivo y seña

Tuviese como yo para alterarse?

En lágrimas la escena anegaría,

Del público el oido desgarrara

Con hórrido discurso, enloqueciera

Al delincuente, y aterrara al justo,

Al necio confundiera, y embotara  
 Las facultades de los ojos y de los oídos!  
 Y yo bellaco lardo y apocado,  
 Cual soñador follon, me arrastro á hurto,  
 Ajeno de mi causa, y nada digo,  
 No, ni áun en pró de un rey, á cuya hacienda  
 Y cara vida dieron crudo asalto.  
 ¿Soy yo cobarde? ¿Quién de vil me tilda?  
 ¿Quién rompe mi cabeza? ¿quién arranca  
 Mis barbas y en mi cara me las sopla?  
 ¿Quién la nariz me pizca? ¿quién el mientes  
 Me arroja hasta el pulmon por la garganta?  
 ¿Quién osa hacerme tal? ¡Ah! ¡Voto al diablo!  
 Sufrirlo bien debiera; pues, por fuerza,  
 Tengo higados de tórtola, me falta  
 Hiel que hace amarga la opresion, ó há tiempo  
 Cebado hubiera los milanos todos  
 De la region etérea con los restos  
 Del monstruo aquel. ¡Sangriento, ruin bellaco!  
 ¡Cruel, lascivo, falso, vil bellaco!  
 ¡Venganza! ¡Oh qué asno soy! ¡Qué accion tan  
 [brava!

Que yo, hijo de un caro padre muerto,  
 Por cielo y tierra á mi venganza hurgado,  
 Tenga que descargar cual vil ramera  
 Mi pecho con palabras, maldiciendo  
 Como una mujerzuela, una fregona.  
 ¡Vergüenza vil! ¡Despierta oh seso! He oido  
 Que casos hubo, en que culpables séres,  
 Estando en la comedia, se han sentido  
 Heridos tan al vivo por el arte  
 Y sutileza misma de la escena,  
 Que han declarado luego sus delitos;  
 Que aunque sin lengua, el homicidio habla  
 Por modo extraño. Haré que representen  
 Estos actores algo parecido  
 Al torpe asesinato de mi padre  
 Ante mi tio; observaré sus gestos,

Hasta lo vivo tentaré su herida:  
 Si ceja, sé mi rumbo. Aquella sombra  
 Que viera, el diablo puede ser; que al diablo  
 Le es dado disfrazarse en forma grata.  
 ¡Oh, si! tal vez notando mi flaqueza  
 Y mi melancolia, y ejerciendo  
 Poder tan grande sobre tales sombras,  
 Abuse así de mi para perderme.  
 He menester motivos más fundados.  
 Aquel ardid me valga: por la pieza,  
 Del rey sabré si es cierta la vileza. (Vase.)